

CIEN AÑOS DE PRESENCIA Y SERVICIO DE LA COMUNIDAD CLARETIANA EN ZAMORA

I. TRAYECTORIA DE LOS CLARETIANOS EN ZAMORA

1. El celo del Obispo y la esperanza que pone en los Misioneros

2. El valor de una presencia

3. Reconocimiento a las personas que tejieron la historia

4. Por qué los Claretianos están tan agradecidos a Zamora

5. Las etapas que jalonan la trayectoria de la Comunidad

5.1. El desbordante servicio misionero de la Palabra hablada

5.2. La enseñanza “como una floración de su apostolado”

5.3. La transformación más notoria de la Comunidad

**6. Algunos rasgos sobresalientes de esta
comunidad**

6.1. Espíritu cordimariano

6.2. Espíritu asociacionista

6.3. Apertura misionera universal

6.4. Nudo de relaciones y capacidad de hacer familia

II. LOS CLARETIANOS CONTINÚAN SIENDO MISIONEROS EN ZAMORA

1. Misioneros en la enseñanza

1.1. Por exigencia carismática

1.2. La educación, areópago de misión

2. Nuestro quehacer educativo

2.1. La comprensión del Colegio como comunidad educativa renovada y renovadora

2.2. Pensar y actuar en misión compartida

2.3. Con unas precisas opciones y prioridades

PARA CONCLUIR

CIEN AÑOS DE PRESENCIA Y SERVICIO DE LA COMUNIDAD CLARETIANA EN ZAMORA

En estos últimos años, evocando uno u otro acontecimiento de la Congregación Claretiana, se han celebrado un buen número de jubileos. El más importante, sin duda, ha sido el 150 aniversario de la fundación de la Congregación. Varias Provincias y Comunidades han celebrado sus centenarios. Ahora le toca a esta comunidad de Zamora. Un común denominador de los actos conmemorativos es que se hallan empapados del espíritu con el que la Iglesia celebró el gran Jubileo del año 2000. Se repiten, como genuina expresión de los sentimientos más profundos, las palabras: reconocimiento, gratitud, purificación de la memoria, esperanza y renovación del compromiso evangelizador. No son, pues, ni la nostalgia, ni la autocomplacencia, ni el triunfalismo lo que han caracterizado a estos jubileos, sino el anhelo de compartir con la Iglesia y con el Pueblo el gozo del don recibido y de la respuesta dada y de hallar estímulos para un futuro mejor.

Cuando me invitaron a dar esta conferencia, me sentí espontáneamente inclinado a aceptar. Lo primero que me vino a la mente fue la enorme deuda de gratitud que tiene la Familia Claretiana con la Ciudad y la Provincia de Zamora por su entrañable acogida y generosa colaboración con los Claretianos.

La historia de esta Comunidad es rica y está repleta de acontecimientos con resonancias eclesiales y sociales. La lectura de cuanto ha estado a mi alcance ^[1] ha hecho crecer en mí la, ya grande, admiración que tenía por ella. Lo escrito demuestra que siempre hubo aquí una comunidad viva, abierta y atenta a las necesidades del momento. Es preciso descubrir en su itinerario la presencia del Espíritu, Señor y Dador de vida, y de María, Madre

de los Misioneros. Porque sólo desde esta presencia se comprende el testimonio de fraternidad y de servicio evangelizador en perfecta simbiosis con la Iglesia particular y con el Pueblo zamorano.

Como toda conmemoración supone recordar para renovar el compromiso ante el futuro, me he propuesto compartir esta tarde con Vds. unas reflexiones sobre las bases de la fundación de esta comunidad, sobre la trayectoria que ha seguido y sobre el sentido y alcance misionero del ministerio que ahora ejerce.

I. TRAYECTORIA DE LOS CLARETIANOS EN ZAMORA

1. El celo del Obispo y la esperanza que pone en los Misioneros

Hoy, día 3 de diciembre, fiesta de San Francisco Javier, hace exactamente 100 años que Mons. Luis Felipe Ortiz, Obispo de Zamora, firmaba su Carta Pastoral titulada:

“Establecimiento de los Misioneros Hijos del Corazón de María en la Diócesis”^[2].

Aún se dejaban sentir en Zamora los efectos de la desamortización y la supresión de las Ordenes religiosas en España. En toda la diócesis no había ni una sola comunidad masculina

^[3]. El deseo de contar en ella con dos comunidades de varones misioneros apostólicos databa desde 1883, fecha en que Mons. Tomás Belestá y Cambeses lo expresa en el Sínodo diocesano. En 1902 solamente en Toro se estaba llevando la restauración de la Orden de Mercedarios Descalzos. Si no perdemos de vista que nos hallamos en tránsito del siglo XIX al XX, momento de gran transformación social, cultural y eclesial, se entenderá fácilmente por qué el Pastor de la Diócesis manifestaba la necesidad de *“Instituciones, convenientemente desarrolladas, para amparar y fomentar la fe y piedad cristianas con el vigor y la eficacia que reclaman las necesidades del orden religioso y social en los aciagos tiempos presentes”*^[4].

Mons. Ortiz tenía una fina sensibilidad pastoral para detectar la situación de su grey y tenía muy claros los dos objetivos que quería alcanzar: el crecimiento espiritual del clero y la consolidación de la fe del pueblo. Un detalle cultural: en 1901 se estrenó con estrepitosa polémica la convulsiva obra de Benito Galdós: *Electra*. A principios del siglo XX se produjo una fuerte lucha entre representantes de la vieja guardia de las costumbres y tradiciones y quienes abogaban por la modernidad que invadía los campos de la técnica, de la cultura y de la religión. Fueron momentos muy propicios para el anticlericalismo y para la desorientación espiritual y moral del pueblo. De ahí que al Sr. Obispo le preocupara “el creciente enfriamiento e indiferencia de los fieles”.

Mons. Ortiz conocía muy bien a los Misioneros Hijos del Corazón de María, quienes, en años anteriores a 1902, habían dado algunas misiones populares en la Diócesis. Le unía una estrecha amistad con el P. Domingo Solá, miembro del Gobierno General. Al dirigirse a sus diocesanos, elogia la labor apostólica de los Misioneros, presentes ya en diversas naciones de

Europa, África y América. Ensalza la talla espiritual del Fundador, a quien había conocido personalmente, y “la sólida y variada preparación” de sus Misioneros. Y destaca cómo los miembros de esta joven Congregación habían sabido afrontar la prueba de la persecución, del destierro, incluso del martirio de alguno de sus miembros. Pero lo más llamativo de su carta pastoral es el énfasis que pone al hablar de la inspiración divina de la fundación, del valor de sus Constituciones, del estilo de vida de los Misioneros (disciplina interior, laboriosidad, heroica abnegación) y del carácter universal e integrador de su evangelización. Sabía que eran misioneros para todo el mundo y que estaban abiertos a todos los pueblos de la tierra. En diversos pasajes menciona su valiosa aportación no sólo en el orden espiritual sino también cultural y social. Otra nota de no menor importancia es que, por dos veces, hace referencia a que los Misioneros son miembros de la Familia Diocesana, hermanos de los curas y párrocos y auxiliares suyos en el ministerio apostólico.

Del alto concepto que Mons. Ortiz tenía de los Misioneros le nacía la gran esperanza de que su presencia y servicio en la diócesis fuera de “*beneficio y provecho*” para sus fieles. Los historiadores dirán si, analizando la vida de los Misioneros y sus trabajos apostólicos en la ciudad y la provincia de Zamora, se vio cumplida.

2. El valor de una presencia

Mons Ortiz demuestra tener ideas claras sobre el significado y alcance de una comunidad religiosa en la Diócesis. Esto nos invita a reflexionar sobre el valor de esta presencia. Detrás de todo lo que se ve, y de lo cual ordinariamente no se habla, hay un signo especial de la presencia divina, una visita de Dios a su pueblo (cf Lc 7, 16) a través de unas personas consagradas, cuya principal pretensión, como sucede en la comunidad claretiana, es hacer todo lo posible para que Dios Padre sea conocido, amado y servido por todas las criaturas^[5]. Lo cual quiere decir que no se puede entender la Comunidad Claretiana simplemente como una Institución social y eclesial que presta éste o aquel servicio.

Lo primero que habría que resaltar y contemplar en cualquier celebración jubilar de una comunidad religiosa es la dimensión de gratuidad, el origen y la consistencia carismática de la misma. Sólo desde esta perspectiva se puede percibir y acoger la comunidad religiosa como un auténtico tesoro y como un regalo que posee la Iglesia particular. A veces en la sociedad, y aun dentro de los ámbitos católicos, las comunidades religiosas son apreciadas únicamente por los aspectos más externos: los edificios, el número de miembros, el prestigio humano, los trabajos que realizan o el influjo social. Se olvidan o se ponen entre paréntesis los valores esenciales de la vida consagrada que inspiran y sostienen la vida espiritual, la convivencia fraterna y el apostolado de la comunidad. De hecho, a pesar de las debilidades humanas y de la discreción de su actividad, la mayor parte de las comunidades religiosas son auténticos focos de experiencia de Dios y de irradiación apostólica.

3. Reconocimiento a las personas que tejieron la historia

Hablar de la Comunidad Claretiana de Zamora es hablar de las personas que la han integrado en los sucesivos momentos de su historia. Ya en otros encuentros, y ayer el P. Dimas González, Superior Provincial, evocaba algunas figuras, se ha hecho mención del número y de la calidad de las personas que han pertenecido a la comunidad y que han dejado aquella huella por la que serán reconocidas, admiradas y queridas. Se ha cumplido, así, lo que dice el libro del Eclesiástico: *“Hubo entre ellos quienes dejaron nombre, para que se hablara de ellos”* (Si 44, 8).

Decía Ortega y Gasset que *“escribir Historia es un entusiasta ensayo de resurrección”*. Y su discípulo Laín Entralgo añadía: *“Que nadie se llame historiador si no ha sabido resucitar los hombres a que se refiere su narración histórica”*^[6]. No voy a hacer historia, pero sí quiero subrayar que lo que hace admirable y estimable a una comunidad son las personas que la forman. Y por Zamora han pasado muchos Misioneros destacados por su virtud, por su ciencia, por su celo apostólico, por su capacidad de estar con la gente, por su prudencia en el consejo, por su amistad y colaboración con el clero, por su entrega a la educación de los niños y de los jóvenes y por su vinculación a los antiguos alumnos y a las familias. Muchos de aquellos claretianos ya han muerto, pero como escribió Ortega en su juventud, *“Los muertos no mueren por completo cuando mueren: largo tiempo permanecen; largo tiempo flota entre los vivos que les amaron algo incierto de ellos. Si en esta razón respiramos a plenos pulmones y abrimos las puertecillas de nuestro sentimentalismo, los muertos entran dentro de nosotros, hacen en nosotros morada agradecida, como sólo los muertos saben serlo, dejándonos en herencia la henchida aljaba de sus virtudes. (...) Es injusto e inmoral preguntar de un muerto solo: ¿Qué ha hecho? Hay que preguntar también ¿Qué ha sido?”*^[7].

Nosotros, que nos movemos por la luz que nos infunde el misterio de la comunión de los santos, recordamos con gratitud a quienes han formado parte de esta Comunidad, fueran Sacerdotes, Estudiantes o Hermanos. Sí, también los Hermanos pues, desde los inicios, formaron parte de la comunidad algunos Misioneros Hermanos que se distinguieron por el testimonio de su vida religiosa, por su sencillez y laboriosidad.

Uno de los valores que frecuentemente no se aprecian desde fuera y que es esencial a la vida consagrada es el sentido de pertenencia y de disponibilidad de las personas. Hemos visto pasar muchas personas por Zamora y la comunidad permanece, sus obras continúan. Todo porque la vida y misión de la comunidad se inscribe en un proyecto más amplio de Provincia religiosa o de Congregación. Los destinos de las personas, la comunicación de bienes, las ayudas mutuas, sólo se entienden por esta referencia a círculos más amplios. Pensemos en tantos claretianos que ejercieron sus primeros servicios misioneros entre Vds. y de aquí salieron para prestar importantes funciones de gobierno en la Congregación; otros son profesores en universidades; otros se hallan anunciando el Evangelio dentro y fuera de nuestras fronteras.

4. Por qué los Claretianos están tan agradecidos a Zamora

Una comunidad claretiana no es nada si se prescinde de su relación con el Pastor, con el clero, con las personas consagradas, con la comunidad cristiana y con el pueblo al que ha sido enviada. Nosotros, Claretianos, somos conscientes que si queremos mantener nuestra identidad, hemos de pensar, sentir y actuar como miembros de la Iglesia Comunción donde se complementan los carismas y ministerios para la misión.

Si los claretianos han contribuido a escribir un bello capítulo en la historia de Zamora y su comarca durante estos años, se debe a Vds mismos. La acogida que les dieron y la confianza que depositaron en ellos, acogida y confianza que han venido reiterando ininterrumpidamente, fueron y son la causa de nuestro reconocimiento y gratitud. Estamos agradecidos a los Obispos, quienes siempre nos apoyaron, a los sacerdotes, religiosas y seglares [8] quienes han sabido aceptarnos como somos, con nuestras limitaciones y posibilidades; han tenido palabras de estímulo y han apoyado y colaborado en las tareas apostólicas.

Muchos seglares han sintonizado con el espíritu de los Claretianos, han encontrado en su espiritualidad misionera y cordimariana una forma de vivir su fe y su esperanza cristianas y han sabido cuidar con especial afecto a los jóvenes misioneros que han pasado por esta casa. La Congregación Claretiana ha reconocido y apreciado siempre en Vds. el testimonio de su fe y de su espíritu misionero. Se ha cumplido aquí que el carisma claretiano es un don para la Iglesia y no sólo para los misioneros, sino también para cuantos lo reconocen y aceptan en él un camino de santificación y apostolado.

Aunque en todo acto de agradecimiento va implícito un ruego de perdón, quiero ahora, públicamente, en nombre de los Claretianos, pedirles disculpas por cuanto haya habido de negativo en su vida y ministerio. Como decía al principio, también este centenario ha de ser momento de purificación de la memoria y de reconciliación. Por eso, sincera y humildemente pedimos perdón por lo que hicimos mal o por lo que no hicimos y deberíamos haber hecho por la Iglesia y los que más nos necesitaban. Gracias por su benevolencia, por perdonar nuestros errores y por disimular nuestros defectos.

No podemos contener el gozo que nos invade al comprobar una y otra vez las señales inequívocas de confianza que hemos y estamos recibiendo. La primera y más decisiva nos llega de las familias de Zamora. Por un lado está la entrega de sus hijos, hermanos o familiares para que fueran misioneros. ¡Son muchos los países que cuentan con misioneros claretianos de Zamora! Sólo por decir públicamente **gracias** a los padres, hermanos o familiares de los claretianos vivos o difuntos, ya merecía la pena venir desde Roma a Zamora. Los familiares de los claretianos son nuestros más entrañables bienhechores. A ellos les debemos lo mejor que tenemos: las personas.

Por otro lado está el crédito dado a los Claretianos como educadores. Son 64 años ya

los que las familias llevan a sus hijos e hijas al Colegio “Corazón de María”. En él se han formado muchas generaciones de padres de familia y hombres que han influido en la sociedad y en la Iglesia.

La relación de confianza mutua, de recíproco intercambio y de continua solidaridad, de mirar juntos hacia delante y de estrecha colaboración se ha hecho más patente, si cabe, en el campo de la educación. ¿Cómo no agradecer a los profesores y a tantas personas que han trabajado en el Colegio, ya desde los primeros días del mismo? Si el Colegio ha logrado su continuidad, profesionalidad y calidad de servicios, se debe, sin duda, a un buen número de sacerdotes, religiosas y laicos que han colaborado con los Claretianos. Hoy es un día muy adecuado para decirles a todos los que han compartido y actualmente comparten la misión educativa, gracias por lo que han hecho y por lo que hacen. O mejor, gracias por lo que son y por lo que entregan, que es su propia vida, ya que es muy difícil ser educador sin entregar la vida.

5. Las etapas que jalonan la trayectoria de la Comunidad

A lo largo de estos 100 años, la Comunidad Claretiana de Zamora ha tenido tres etapas muy definidas: a) Los comienzos, que entonces quedaban configurados por lo que se solía llamar casa misión, es decir una comunidad dedicada a la predicación de la Palabra de Dios en todos los ámbitos de la Diócesis (1902-1938). b) La apertura del Colegio, que luego fue adquiriendo proporciones más holgadas con la compra del antiguo cuartel (1938-1979). 3) El traslado del Colegio a la Carretera de Almaraz y la apertura del centro juvenil (1979-2002).

5.1. El desbordante servicio misionero de la Palabra hablada

La primera crónica de la Comunidad que aparece en los Anales de nuestra Congregación es una bella evocación de su intenso servicio misionero de la Palabra. “*Acaso sea este el ministerio –dice el cronista- por el que más se conoce y aprecia en Zamora y su Provincia a los Misioneros Hijos del Corazón de María*”^[9]. La diócesis tenía entonces 350 parroquias y cada 10 años daban misiones los Claretianos. Si se tienen en cuenta el tiempo que requiere cada misión y las condiciones difíciles del traslado en aquellos tiempos, se puede suponer el enorme esfuerzo que tuvo que hacer aquella comunidad para mantener el compromiso contraído con el Obispo, pues esto era sólo parte de su trabajo ministerial. En 1924 publicaba la revista IRIS DE PAZ^[10] algunos datos sobre la Comunidad de Zamora, que llevaba abierta 22 años. Sus ministerios eran enumerados así: 504 misiones, 360 ejercicios espirituales dados a toda clase de personas, 1390 retiros, 1777 sermones, 2833 pláticas, 900 explicaciones catequísticas, 233 Cuaresmas, Meses, Novenas y Semanas Santas predicadas.

En una crónica posterior se resalta el ministerio de la Palabra en la ciudad y fuera de ella. Los Misioneros están dedicados a toda clase de personas: al clero, a las religiosas, a las asociaciones, a los fieles en general. Y lo hacen de forma ocasional o seguida, en la propia Iglesia de San Esteban y en las parroquias. Se atiende al seminario, a las comunidades

religiosas, a la promoción de asociaciones, a la dirección espiritual y, sobre todo, al confesionario.

5.2. *La enseñanza “como una floración de su apostolado”*

Casi desde el principio de la estancia de los Claretianos en Zamora estuvo unida su labor pastoral a la orientación, animación y educación de los niños y jóvenes, aunque no de forma reglada como puede ser en un colegio. Esto vino más tarde. Sin dejar el servicio misionero de la predicación y de atender a la Iglesia de San Esteban, la Comunidad de Zamora abrió un pequeño Colegio de enseñanza en 1938. El P. Manuel Radillo, en la crónica de los cincuenta años de la casa, comentaba así este hecho: *“La vida de esta casa se desdobra en dos capítulos, que se completan y hermanan. Viene a ser como el bifurcarse de un río para fecundar toda la campiña: ministerio y enseñanza. Ambos cuajados de espléndidas realidades. Desde su fundación hasta el año 1938, la comunidad vivía dedicada exclusivamente al ministerio, y en ese año como una floración de su apostolado brotó el Colegio de segunda enseñanza”*. [\[11\]](#)

La apertura del Colegio hay que entenderla dentro de la compleja situación social, eclesial y congregacional de aquel momento. Las carencias de la enseñanza en España, el elevado número de vocaciones y de misioneros jóvenes sin adecuada ocupación por la imposibilidad de enviarlos fuera, la precariedad económica de nuestros propios seminarios, etc, hacía congruente abrirse al campo de la enseñanza y ofrecer este servicio apostólico, que tan de lleno entra en el proyecto evangelizador iniciado y promovido por San Antonio María Claret.

El internado y el cine colegial serán recordados como dos puntos de referencia del Colegio “Corazón de María”. El internado por la influencia que tuvo en la Provincia de Zamora. En él se encontraban los niños que, más tarde, llegarían a ocupar servicios importantes en los pueblos, en la capital y en otras partes. A pesar de las limitaciones educativas que puede comportar un internado, donde la picaresca y la religiosidad van unidas, siempre es recordado con añoranza el ambiente de familiaridad vivido en él. El internado de Zamora es impensable sin la figura del H. Emilio Ramírez. Y el cine desempeñó su objetivo de saber unir la distracción y la educación. ¡Cuántas películas no se recuerdan de aquellas proyecciones en el Colegio!

La comunidad de Zamora, simultaneando los ministerios de la predicación y de la enseñanza, vivió una época muy brillante. Las actividades se multiplicaron para bien de la Iglesia local y de la ciudad, y también de la Congregación. Zamora fue siempre un laboratorio de preparación de misioneros para la predicación, la formación, el gobierno y para la ayuda a las misiones.

5.3. *La transformación más notoria de la Comunidad*

Se produjo al edificar el nuevo Colegio en la Carretera de Almaraz. La Comunidad se desdobra. Unos miembros vienen a vivir al Colegio y los otros continúan atendiendo a la Iglesia de San Esteban. En 1986 se cerraba la comunidad que atendía la Iglesia y se concentraba la misión de los Claretianos en el Colegio y el Centro Juvenil Claret. Un cambio bastante llamativo si se tiene en cuenta el por qué inmediato de la fundación de la Comunidad. Pero la dedicación exclusiva de los Claretianos a la educación y a la pastoral juvenil en el Centro Claret, como está siendo ahora, no es una traición a la inspiración de la vida misionera claretiana. El cambio de ministerio, de apostolados, no significa haber abdicado del espíritu misionero que ha inspirado y regido, y seguirá rigiendo, la comunidad de Zamora.

Para entender los cambios experimentados, es preciso tener en cuenta que las comunidades, por circunstancias de las Iglesias locales, de las necesidades sociales y de los imperativos del servicio de una Congregación a la Iglesia universal se ven sometidas a transformaciones y desplazamientos. Se privilegian unas u otras actividades según desafíos y oportunidades. En otras ocasiones las comunidades se hallan sometidas al influjo de las personas concretas que las integran. No es infrecuente el caso de que una sola persona, en unos años, con su iniciativa, creatividad y empeño sea capaz de atraer la atención de los miembros de la Iglesia y de la sociedad hacia la comunidad. Y es así como una determinada comunidad experimenta momentos de esplendor en un tiempo y de rutina en otro. De todos modos, lo decisivo en todo esto es saber si se sigue manteniendo lo fundamental: su valor de signo, de parábola y de fuente de dinamismo apostólico según el carisma originario.

6. Algunos rasgos sobresalientes de esta comunidad

A la hora de hacer síntesis de la trayectoria seguida por la Comunidad Claretiana en estos 100 años, se podrían resaltar algunos rasgos, que, seguramente, no son únicos pero sí sobresalientes.

6.1. Espíritu cordimariano

Zamora está familiarizada con el título “Corazón de María”, que figura en el nombre la Congregación y en el Colegio. Saben lo que esta expresión encierra porque uno de los rasgos más característicos de la comunidad de Zamora es haber promovido su acción apostólica desde la espiritualidad cordimariana. Seguramente que algunos recuerdan las novenas solemnes o la devoción despertada en torno a María. Pero hay algo más profundo.

Para nosotros, los Claretianos, decir “Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María” o poner un colegio bajo la advocación “Corazón de María”, está indicando un talante de comportamiento y una forma de evangelizar. El P. Claret, al darnos el nombre, nos explicó muy claramente su contenido. Era su modo de seguir a Jesucristo y de ejercer con ardiente caridad el apostolado; era su estilo de servicio misionero marcado siempre por la ternura y la misericordia.

Tal vez sea ésta la nota más importante a destacar en el recuerdo de los grandes claretianos que han vivido en Zamora. Si hacen memoria de quienes han dejado huella entre Vds., verán que ahí está el secreto por el que suscitaron admiración y afecto. Esto sin distinción de ministerios y servicios; es decir, fueran grandes predicadores, confesores, profesores, vigilantes o que trabajaran en la cocina. Y con esto hago referencia a dos Hermanos, como fueron Pío Sanabria y Emilio Ramírez.

6.2. *Espíritu asociacionista*

Llama la atención cómo, desde el inicio de la presencia claretiana en Zamora, se suscitó y se cultivó el espíritu asociacionista para el bien espiritual personal, familiar y social de las personas. Entre las asociaciones que brotaron por iniciativa o que asumieron los Misioneros de esta casa se cuentan: La Archicofradía del Corazón de María, los Infantes Marianos, la Adoración Nocturna, la Congregación de los Luises y Koskas (fundada por el P. Eduardo Gómez) y más tarde los Estudiantes Católicos; las Marías de los Sagrarios Calvarios, los Tarsicios, Niños y niñas reparadores, los Colaboradores claretianos, las Hijas del Corazón de María ^[12], la Pía Unión Misionera del Corazón de María, las Teresitas, las Hijas de María. Por lo visto, hubo además, otras que desaparecieron y que tenían objetivos catequísticos o eran de carácter misionero ^[13]. Al comenzar la enseñanza, aparecen las asociaciones de Antiguos Alumnos y Asociaciones de Padres del Colegio.

Este espíritu asociacionista hay que saberlo encajar en el movimiento asociacionista que en la sociedad tuvo en los siglos XVIII y XIX y en la mejor tradición claretiana. El P. Claret fue pionero en apreciar el papel importante que estaban llamados a prestar los seglares en la Iglesia. Fomentó en su tiempo, ya desde misionero en Cataluña, las asociaciones de sacerdotes y de seglares. Heredó esta práctica de los grandes misioneros populares del siglo XVIII y, en particular, de San Alfonso María de Liguori. Como Fundador, el P. Claret recomendó a sus Misioneros, en las primitivas Constituciones ^[14], que promovieran y fomentaran las cofradías y hermandades. En su espíritu, y creo que igualmente en el de sus hijos, no entraba el capillismo ni el sectarismo, sino el intento de ayudar a los asociados a fortalecer la vida espiritual, la formación y el compromiso por hacer el bien. Mientras en el siglo XVIII y primera parte del XIX las asociaciones no incluían el aspecto apostólico, el P. Claret, por su carisma misionero, imprime a estas asociaciones el servicio a la Iglesia y a la sociedad.

6.3. *Apertura misionera universal*

La condición de comunidad misionera universal no ha sido un título o un nombre solamente, sino un programa de vida hecho realidad en muchos detalles de acogida, disponibilidad y cooperación. El espíritu misionero universal ha sido inculcado en el pueblo a través de la predicación, la dirección espiritual, el acompañamiento a las citadas asociaciones, la educación, etc. Siempre ha sabido acoger a los nuevos que llegaban, prepararles y enviarles a otros lugares de mayor urgencia misionera o necesidad provincial o congregacional. Es de

agradecer que Zamora nunca haya retenido a sus Misioneros y se ha alegrado al verles partir hacia otros países. Ha promovido las vocaciones para la Congregación, tanto para Sacerdotes como Hermanos. Ha cooperado eficazmente, desde el fruto de su trabajo, para el sostenimiento de los seminarios y las misiones.

6.4. Nudo de relaciones y capacidad de hacer familia

En el correr de los años la Comunidad de Zamora se ha convertido en nudo de relaciones eclesiales y sociales. Los Obispos, los sacerdotes, las religiosas, las familias, los jóvenes, han tenido en ella un lugar de encuentro y un segundo hogar. Aunque se hayan dado momentos de recelo o incomprensiones, algo que es normal en la convivencia cotidiana, la constante, a lo largo de estos cien años, ha sido el mutuo aprecio y la confianza recíproca entre la Comunidad (Padres y Hermanos) y toda clase de personas. Los claretianos se han sentido a gusto en Zamora y Zamora se ha sentido a gusto con los Claretianos.

Sé que muchos sacerdotes recuerdan el apoyo recibido de los Misioneros. Está previsto en el programa de estos días que se hablará del mutuo enriquecimiento. Por eso, no me entretengo en este punto. Quiero indicar que la vinculación con las comunidades religiosas femeninas ha sido muy variado y constante a través de capellanías, ejercicios, retiros y confesonario.

Por estar en vísperas de la beatificación de la M. Bonifacia Rodríguez, Fundadora de las Siervas de San José, quisiera decir que, habiendo llegado los Claretianos a Zamora en agosto del año 1902, en noviembre de ese mismo año se daba ya el primer retiro a la Comunidad de la M. Bonifacia, quien se halla en Zamora marginada y olvidada. Aquí murió en 1905. Durante los años que permaneció en Zamora inundó de aroma de sencillez, mansedumbre, oración y laboriosidad la tierra zamorana. Es un bello recuerdo de Familia haber podido entrar en contacto con aquella mujer, cuya espiritualidad ha quedado definida en dos palabras: “encina y piedra”.

Probablemente pasa desapercibida esta función de ser puente, de hacer familia, que comporta toda comunidad religiosa en una ciudad y en una provincia. La experiencia demuestra que sólo cuando desaparece una comunidad se echa de menos el papel que desempeña en la convivencia. Una comunidad, aparentemente aislada, de hecho vincula a un buen número de personas, instituciones eclesiales y civiles, culturales y económicas. Imperceptiblemente van aumentando y estrechándose las relaciones en la convivencia, se aprende a mirar juntos hacia adelante y de comparten los mismos afanes por el progreso y bienestar de todos.

Esto que vale para todo tipo de comunidad, incluso las contemplativas, se hace más patente cuando se trata de una comunidad que lleva la responsabilidad de un centro educativo. Profesores, personal auxiliar, antiguos alumnos, asociación de padres y los mismos alumnos y alumnas crean una singular familia, que va más allá de lo que comporta la relación escolar. La Comunidad religiosa en este conjunto de relaciones tiene un papel singular por los valores que representa y transmite.

Creo no equivocarme si afirmo, para concluir esta parte, que los Misioneros Claretianos, aun siendo por vocación universales, se han sentido conciudadanos en Zamora.

II. LOS CLARETIANOS CONTINÚAN SIENDO MISIONEROS EN ZAMORA

La celebración de este centenario no es un punto final, sino un hito en la historia que sigue. La pregunta que cabe hacerse, tras la mirada retrospectiva, es ¿qué vamos a hacer con la rica herencia recibida de estos cien años de vida evangelizada y evangelizadora? Para nosotros, claretianos, la respuesta es inequívoca: queremos *convertir la herencia en profecía*. Porque la profecía guía la historia con esperanza. Parafraseando a Juan Pablo II, podemos decir que también la Congregación Claretiana es una comunidad siempre de tiempo presente y abierta al futuro. No considera su heredad como tesoro de un pasado cerrado, sino como una potente inspiración para avanzar en el peregrinar de la fe por caminos siempre nuevos ^[15]. Estamos convencidos de que no somos herederos de nuestros mayores por el hecho de seguir haciendo los mismos trabajos que ellos hicieron, sino estando a la altura de las circunstancias y respondiendo a las necesidades de nuestro tiempo. Con otras palabras, la herencia de esta comunidad no son las misiones populares, las asociaciones radicadas en la Iglesia de San Esteban, los edificios, las tradiciones, sino el espíritu misionero que tuvieron nuestros mayores para llevar adelante las estructuras y actividades con las que intentaron cumplir su misión evangelizadora.

Conmemoramos recordando y, a la vez que recordamos, miramos el futuro. En este sentido, acogemos la incitación del Papa Juan Pablo II a los religiosos: *no sólo tenéis una historia que contar, sino una historia que construir* ^[16]. Precisamente, porque somos responsables de la historia que hemos de construir, sabemos que hemos de estar atentos y examinar los desafíos que llegan, en cada tiempo y en cada lugar, a la misión evangelizadora que tenemos en la Iglesia. Como decía Paul Valery: “*El problema de nuestro tiempo es que el futuro no es lo que era*”.

La Provincia Claretiana de León hizo hace algunos años una opción clara a la hora de pensar en el futuro de su presencia y servicio a la Iglesia y a la sociedad en Zamora. Apostó por la educación, dejando en un segundo plano otros ministerios que se venían ofreciendo en la ciudad y en los pueblos. La comunidad ahora es mucho más reducida y su misión evangelizadora está prácticamente circunscrita a la enseñanza y a la pastoral juvenil.

No sabría calibrar con cuanto sentido crítico se ha acogido este hecho y se ha encajado en la vida eclesial y social de Zamora. Algunos indicios me hacen pensar que existe cierta nostalgia del pasado y la creencia de que lo vivido por la comunidad en sus primeros sesenta

años fue lo genuinamente claretiano. Por eso, y porque la esperanza en el futuro crece cuando sabemos hacia donde vamos y que es lo que queremos, considero oportuno dar una explicación del por qué de esta opción, que es a la vez palabra de apoyo y de estímulo a quienes trabajan en la enseñanza y en la pastoral juvenil.

1. Misioneros en la enseñanza

Después de tantos años de servicio del Colegio “Corazón de María” en Zamora, podría parecer innecesario reafirmar que los claretianos son misioneros en la enseñanza. Pero la fuerza de la costumbre hace olvidar las razones de fondo que inspiran y orientan una institución como ésta. Y pensado en el futuro, por el que todos apostamos, puede ser bueno evocarlas.

1.1. Por exigencia carismática

Lo primero que hay que afirmar es que *los Claretianos nos hallamos en la enseñanza por exigencia carismática*, es decir, por voluntad del Fundador. En el proceso de renovación postconciliar ha sido determinante para nosotros llegar a entender y orientar nuestra vida desde lo que realmente el Padre Claret pretendía con la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María. El nos quiso misioneros, pero entendiendo la palabra *misionero* no como algo adjetivo, sino sustantivo. Lo misionero es nuclear en nuestra vocación e implica un modo de seguir a Jesucristo, de vivir en fraternidad y de anunciar el Evangelio del Reino, tal y como el mismo P. Claret lo vivió y compartió con los primeros compañeros, quines, según él, tenían el mismo espíritu que el suyo ^[17].

Si al principio insistió en una comunidad de misioneros itinerantes que predicaran el Evangelio por los pueblos y ciudades, pronto les hizo ver que, para ejercer el ministerio de la Palabra, habían de emplear todos los medios posibles ^[18]. Por eso, siendo el servicio misionero de la Palabra lo central en nuestro apostolado, esa Palabra podía ser anunciada de muy diversas formas: la predicación, la catequesis, la publicación de libros y folletos, la enseñanza, etc ^[19].

Es frecuente proyectar la imagen del Fundador de un Instituto a partir de lo que se ve hacer a algunos de sus hijos. Pero esta visión es incompleta, y máxime cuando la figura es tan polifacética como la del P. Claret, porque ningún grupo humano refleja toda la riqueza carismática del Fundador. El P. Claret fue un apóstol popular, pero fue un hombre culto, interesado por los grandes problemas que el pensamiento de su tiempo creaban a la Iglesia. Basta repasar su biblioteca personal y las orientaciones que daba a sus misioneros sobre el estudio y la respuesta que estaban llamados a dar a los grandes retos del pensamiento de aquel entonces.

A los 20 años de la fundación, el Fundador escribió al Superior General una carta en la que instaba a que hubiera algunos misioneros dedicados a la enseñanza. Pero es más importante y de mayor trascendencia el hecho de que el mismo Fundador, siendo Arzobispo de Cuba, dándose cuenta de la necesidad de evangelizar la cultura y de atender a los niños y niñas sin escuelas, fundara la Congregación de las Religiosas de María Inmaculada –Misioneras Claretianas-, dedicadas a la enseñanza. El 14 de marzo de 1852 escribía al Abate Gaume: *“Aseguro a V. sin vacilar que abundo en su idea de despaganizar la educación, las letras, las ciencias, la política y todas las tendencias de la época actual; porque allí está el cáncer que corroe la sociedad”*^[20]. Por otro lado, el P. Claret, al poco tiempo de llegar a Madrid en 1857, funda el Colegio de Segunda enseñanza en El Escorial, escribe y publica sobre temas educativos y hasta elabora las leyes de educación que debían regir en el estado español en 1866- 1867^[21].

En la beatificación del P. Claret, Pío XI, en el discurso que dirigió a los peregrinos españoles, dijo de él: *“Apóstol y maestro de apóstoles, maestro de la Palabra en todas sus formas: hablada, escrita, impresa, enseñada en las escuelas; predicada en las misiones, suscitando almas de maestros y misioneros”*^[22].

Decía San Agustín que, cuando se quiere una cosa de calidad, se mira si procede de la genuina fuente. Hoy, para saber si un producto es genuino, buscamos la etiqueta de la “denominación de origen”. Pues bien, los Claretianos, en estos últimos años, al reflexionar sobre su servicio misionero en la Iglesia, hemos tenido en cuenta lo que el P. Claret decía sobre el valor de la enseñanza. Fruto de esta valoración es el volumen que acaban de publicar los Educadores Claretianos sobre su misión evangelizadora en los colegios^[23]. Todo lo reflexionado y compartido entre ellos y con seculares está contribuyendo a hacer ver que nuestra presencia en la escuela no es accesorio, tangencial o superpuesto a nuestra vocación misionera; no es una intromisión y ni está motivada por razones ideológicas ni económicas, sino que es genuina expresión de esa nuestra condición específica de servidores de la Palabra.

1.2. La educación, areópago de misión

La Iglesia viene dando en estos últimos 30 años una especial importancia a la educación cristiana de la juventud. Sabe muy bien que el futuro de la sociedad y de la Iglesia está en la capacidad que las nuevas generaciones tengan de respetarse, de convivir y de hacer felices a sus semejantes según el designio de Dios. La educación es considerada como uno de los grandes areópagos de la misión de la Iglesia^[24]. El Concilio dedicó un decreto a este tema y en estos últimos años la Congregación para la Educación Católica ha publicado amplios, profundos y estimulantes documentos sobre la educación y el servicio de los educadores. El último acaba de ser dado a conocer el pasado día 19 de noviembre con el título: *“Las personas consagradas y su misión en la escuela”*. En este documento se dice: *“Los desafíos del*

contexto actual dan nuevas motivaciones a la misión de las personas consagradas, llamadas a vivir los consejos evangélicos y llevar el humanismo de las bienaventuranzas al campo de la educación y de la escuela, que no es, en absoluto, extraño a la encomienda de la Iglesia de anunciar la salvación a todos los pueblos”. (...)“Así, pues, resulta evidente que las personas consagradas en la escuela, en comunión con los Pastores, desempeñan una misión eclesial de importancia vital en cuanto que, educando, colaboran en la evangelización”^[25].

Siguiendo las repetidas llamadas de la Iglesia a los consagrados para que se tomen en serio el servicio evangelizador en la escuela, nos ha llevado a los Claretianos, en algunos lugares, a dar preeminencia a la enseñanza entre nuestros ministerios. Vemos en ella un modo de atender a lo más urgente, oportuno y eficaz para la evangelización.

2. Nuestro quehacer educativo

Antes he aludido a que el Colegio “Corazón de María” se fundó en circunstancias especiales. Ahora es fácil comprender que las motivaciones por las que sigue adelante el Colegio son otras muy distintas a las de su fundación.

Una mirada a la realidad del actual Colegio habla de la diferencia del que se abrió en 1938 o del que estaba en la Plaza Primo de Rivera. No me refiero solamente a la implantación y a la parte estructural del edificio, sino al conjunto de todo aquello que inspira, dinamiza y cualifica la vida escolar. El quehacer educativo de los Claretianos está marcado: 1) Por una nueva comprensión del Colegio como comunidad educativa renovada y renovadora. 2) Por una exigencia carismática de pensar y actuar en misión compartida. 3) Por unas precisas opciones y prioridades educativas y evangelizadoras.

2.1. La comprensión del Colegio como comunidad educativa renovada y renovadora

Los Colegios Claretianos, y el de Zamora entre ellos, participan del proceso de renovación que ha tenido y sigue teniendo la Escuela Católica en España. Frente a los desafíos culturales, sociales y políticos, la Escuela Católica ha mantenido una actitud discernidora, purificadora e innovadora. A pesar de los cuestionamientos radicales experimentados en estos últimos treinta años y de haber sido sometida a críticas, frecuentemente llenas de interés ideológico y político, ha intentado sobreponerse y ser agente de transformación, avivando la conciencia de la sociedad sobre derechos y libertades. Esto ha contribuido a que se hayan despejado muchas dudas y sospechas; que se hayan desvanecido muchas reticencias sobre la legitimidad y validez del servicio educativo de la Iglesia en una sociedad democrática y plural y que se haya reafirmado la identidad y misión evangelizadora de los centros católicos. Si antes del Concilio los colegios de los religiosos fueron víctimas de una situación de ambigüedad, de extrañas alianzas, de inadecuada orientación ética y social y de selectivismo en los destinatarios, hoy podemos afirmar que se han superado esos lastres y están ofreciendo un tipo de escuela de mayor calidad, más participativa y democrática, en la cual se trata de inculcar los valores

humanos y cristianos. Está en permanente proceso de ser una comunidad educativa que se renueva y que promueve la renovación de la mente y del corazón.

Decir que el Colegio es una comunidad educativa renovada y renovadora es afirmar, por un lado, el compromiso que hacemos cuantos estamos implicados en la educación por ser y movernos como comunidad que se interesa, se implica, se responsabiliza de todo el quehacer educativo. Este sentido comunitario es una continua interpelación a los agentes de la educación: titulares, padres, profesores, personal de apoyo y antiguos alumnos a participar para *hacer, cualificar y acreditar* la propia escuela.

Hoy los profesores necesitan respaldo y apoyo. La educación se presenta como proyecto cada vez más arriesgado porque, más que en otros tiempos, se halla condicionada por la historia, la economía, la política, los medios de comunicación, la situación familiar y, sobre todo, por las diversas propuestas que les llegan desde las diversas corrientes de pensamiento. Los educadores viven hoy sometidos al duro trabajo de la preparación que comporta discernir, seleccionar, testimoniar, transmitir y acompañar. No es fácil enfrentarse las novedades que aparecen en los nuevos escenarios de nuestro mundo: la globalización con todas sus implicaciones, el pensamiento postmoderno, la mezcla étnico-cultural, la urgencia de una educación responsable para la convivencia cívica, etc.

En esta apasionante aventura de la enseñanza estamos metidos los claretianos, no de cualquier forma, sino como misioneros. El ideal que proponemos y apoyamos en nuestros centros es formar personas libres, responsables y solidarias, capaces de hacer crecer a su alrededor la paz, la justicia y el bienestar social de sus semejantes según el Evangelio. Cada uno de nuestros centros quiere ser, a la vez, expresión y servicio al Reino de Dios. Si queremos la paz, preparemos la paz. La educación es el primer factor que hace posible la paz en la que crece el hombre libre, justo y solidario.

2.2. Pensar y actuar en misión compartida

El cambio de profesorado en el Colegio “Corazón de María” es notorio. Muchos seculares y pocos claretianos. Por otro lado, la asociación de padres de alumnos y de antiguos alumnos han cobrado especial protagonismo en el centro. Además de ser efecto de una evolución de la escuela en un país democrático, que quiere ser más participativa, la mayor presencia de los seculares, sobre todo por lo que se refiere al número de profesores, suscita preguntas y exclamaciones como estas: ¿Es por falta de vocaciones claretianas? ¿Por qué se van los claretianos a otras partes siendo aquí necesarios? ¿Aquí no queda más que el nombre de lo que fue! ¿Esto ya no es un colegio de religiosos, sino una empresa al servicio de la enseñanza! Puede ser que se de un poco de todo, pero la explicación es algo más compleja y auténtica novedad está por desvelarse. Por adelantado afirmo que, aunque la Congregación tuviera miembros suficientes para llevar un colegio como este siendo todos claretianos, por exigencias de nuestra vocación y misión, no lo haríamos. Sería una desconsideración con la conciencia y responsabilidad cívica en la educación y el protagonismo de los seculares en la

Iglesia. Más aún, privaríamos al Colegio de la riqueza que aporta la variedad de dones y servicios de los sacerdotes, religiosos y los laicos en la educación.

Y reitero lo que dije antes sobre cómo una comunidad hay que entenderla en el conjunto de la vida de una Provincia y de una Congregación que se desplazan hacia lugares. Los claretianos, en estos últimos 11 años, han fundado comunidades en 15 nuevos países de Asia, Africa, el Este Europeo y América Latina. Esto no puede hacerse sin disminuir ciertas presencias.

La Iglesia viene reafirmando una comprensión de sí misma como Misterio de Comunión en la que todos los carismas y ministerios se complementan. La reciprocidad de dones dinamiza su misión evangelizadora. Todos los cristianos, cada uno desde su vocación y posibilidades, están llamados a testimoniar y a edificar el Cuerpo de Cristo. Es un signo positivo de mayor interés y de corresponsabilidad en la educación de las nuevas generaciones ver a los padres, los profesores y personal auxiliar en la enseñanza con todo el protagonismo que les corresponde.

Desde esta perspectiva se ha venido hablando de “misión compartida” en la Iglesia. El P. Claret, al fundar la Congregación Claretiana, había dicho que quería *hacer con otros lo que solo no podía* ^[26]. Desde sus primeras correrías misioneras, su intención fue hacer un gran proyecto de evangelización en el que quería implicar a todos los miembros de la Iglesia. La lectura de esta forma de llevar su acción apostólica a la luz de la reflexión teológica actual nos ha hecho ver que *compartir la misión*, en cualquier área de apostolado, es para nosotros, claretianos, una exigencia carismática. No es, pues, de extrañar, que cuando nos referimos a nuestro quehacer educativo tengamos que pensar y actuar en misión compartida. En este contexto, los seculares no son suplentes, ni meros colaboradores; como tampoco pueden ser meros profesionales asalariados en la escuela católica. Los laicos en nuestros colegios están llamados a ser participes y a hacer comunidad evangélica y evangelizadora, porque *educando evangelizamos*.

La impronta de nuestro quehacer educativo, en esta dirección, requiere que, dentro de una pedagogía integral y cualificada, se promuevan las buenas relaciones para educar en la reciprocidad y el altruismo; que los educadores actúen desde un amplio proyecto eclesial y de solidaridad humana; y que se fomente la espiritualidad de comunión, en tanto que modo de pensar, de ser y de actuar que hace crecer a la Iglesia en hondura y extensión ^[27]. A la base está el cultivo del diálogo de la vida, el diálogo de las obras y el diálogo de la experiencia religiosa.

La misión compartida, de todos modos, postula tener claras las propias identidades y responsabilidades en el conjunto del proyecto educativo. Para evitar la esterilidad en la educación es preciso evitar la indiferenciación y el nivelacionismo. Cada uno en su puesto y nivel tiene su propia vocación y función. Los claretianos, como todos los demás religiosos,

tenemos el propósito de conseguir que la comunidad religiosa pase de ser protagonista a ser inspiradora y animadora desde su propia identidad; que los profesores pasen de profesionales de la enseñanza a educadores cristianos; que los alumnos pasen de sujetos pasivos a ser protagonistas en su educación; que la familia pase de delegar en la educación a participar activamente en la vida del centro; que el personal de administración y servicios pase de ser auxiliar a corresponsable.

2.3. *Con unas precisas opciones y prioridades*

El quehacer educativo de nuestros centros está marcado también por unas cuantas *opciones y prioridades* irremplazables.

Nuestra primera opción, como no podía ser por menos, es *centrar la atención en la persona del educando*. Cada vez se hace más urgente realizar una pedagogía decidida y netamente personalista y cristiana, subrayando en ella los valores centrales de la dignidad de la persona - imagen de Dios-, de la autorrealización, del diálogo en la verdad y en la caridad y el compromiso cristiano. Todas las otras preocupaciones que nacen de los medios (estructura, materias curriculares, métodos, tiempos, etc), han de estar subordinadas a la persona del educando que tiene derecho a ser ayudado a desarrollar todas sus capacidades para el propio bien y el de los demás.

La segunda opción, que nace de nuestra condición de misioneros, es *inspirar y dinamizar el proyecto educativo a partir de la Palabra de Dios*. La comunidad educativa antes de ser docente, es discente; es una comunidad de discípulos que se deja enseñar por Jesús. Siendo abiertos y respetuosos con todos, en una sociedad plural, nuestros centros quieren, sin complejos ni neutralismos esterilizantes, ser católicos. Se profesa la fe y se celebra la vida cristiana que se alimenta con los sacramentos.

La tercera opción es *crear comunidad eclesial, evangélica y evangelizadora*. Cada uno desde los miembros de la comunidad educativa y todos juntos han de testimoniar la comunión y hacer efectiva la comunión para que el mundo crea. “*La comunión se abre a la misión, haciéndose ella misma misión*”^[28]. Un centro claretiano es un centro eclesial no sólo por el reconocimiento de la Iglesia, sino porque trabaja por hacer Iglesia, porque está comprometido en “*ser luz de las gentes y esperanza de los pueblos*”.

La cuarta opción es *promover la proyección social*. Con esta opción queremos ir más allá de la función pública y del servicio social que desarrolla todo centro. Su capacidad de ser sujeto activo, con función innovadora y anticipadora, se abre al nuevo mundo que nos trae la integración en Europa con todo lo que comporta de acogida de lo diverso, de vivencia de la interculturalidad, de promoción de la solidaridad, sobre todo frente a los núcleos de nuevas pobrezas y exclusiones. Queremos que nuestros centros tengan una proyección social realizada desde una sobredosis espiritualidad, grandeza de alma y altruismo. Es la mejor respuesta a

tantos interrogantes como se formulan los jóvenes frente al hambre, las guerras, la violencia, la pobreza, las injusticias, la idolatría del poder, del dinero y del sexo, las discriminaciones, la corrupción, la mentira, la infidelidad, la intolerancia, el deterioro de la naturaleza y tantas otras lacras sociales que no están en conformidad con el sueño de una vida nueva personal y social. Saber proyectar la educación hacia el bienestar personal, familiar y social requiere, hoy como nunca, formar en la verdad y en la justicia para ser libres y solidarios.

Sobre las prioridades que nos hemos fijado en nuestro quehacer educativo hoy, sólo voy a enumerarlas: 1) La educación en la fe, sobre todo desde la Palabra de Dios que es diálogo de salvación. 2) La especial atención a la familia, a los padres de los educandos, como primera responsable de la educación. 3) La formación continua de los Profesores.

PARA CONCLUIR

El Colegio "Corazón de María" tuvo un origen elemental y sencillo. Le fueron mejorando los grandes directores y el buen profesorado que ha tenido. Los padres de los alumnos han depositado en él su confianza. Los antiguos alumnos lo recuerdan con afecto. Hoy, los Claretianos, al comenzar su segundo centenario de presencia en Zamora quieren reafirmar su compromiso de seguir colaborando con la Iglesia local y con la ciudad como Misioneros Hijos del Corazón de María. Si han optado por el ministerio de la enseñanza y el acompañamiento de la juventud, como podemos haber visto, no han abdicado de su condición de misioneros. Son conscientes del momento crítico que atraviesa este servicio con el que pretenden transmitir fe, amor y esperanza.

Al comenzar este segundo centenario quisiéramos reafirmar la oferta de una educación integral de calidad, es decir, de una educación capaz de forjar al "hombre nuevo" según el Evangelio. Queremos, en la pastoral, mantener libre nuestra voz profética desde la experiencia del Espíritu de Jesús, tal y como lo dejó expresado en las Bienaventuranzas, y estar cerca de los que sufren soledad, marginación y pobreza. Queremos ofrecer a nuestra sociedad ese suplemento de alma que necesita para no caer en la trampa de un crecimiento tecnocrático deshumanizador. Cuando la tentación más frecuente es el afán de tener, de poder y de gozar, nosotros queremos, sencillamente, amar porque estamos convencidos de que el amor cristiano es el "cantus firmus" del verdadero progreso humano y cultural. El amor es el que mueve y hace admirable la historia.

Gracias de nuevo a todos los aquí presentes y a cuantos representáis en las distintas esferas de la vida social y eclesial de ZAMORA. Gracias por las efusivas muestras de afecto, de apoyo, de colaboración, recibidas a lo largo de los años. Y que los cien años próximos sean, si cabe, más fecundos en esperanza y felicidad para Vds. y para las generaciones que nos seguirán.

Zamora, 3 de diciembre, 2002.

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.

[1]

Para preparar esta conferencia, comencé leyendo las páginas que el historiador de la Congregación dedica a la fundación y primeros pasos de la Comunidad en Zamora cf FERNÁNDEZ, Cristóbal: *Compendio histórico de la Congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de María*, Vol. II, Madrid, 1967, 158-192. Sea dicho de paso que este historiador es el P. Cristóbal Fernández, quien fue, durante algunos años, miembro de esta comunidad. También leí cuanto encontré en *Anales de la Congregación* (cf ECHEVARRÍA Mario: *Crónica de la Casa de Zamora*, AC 27 (1930) 134-142); en la *Crónica de la Provincia de Castilla*: (RODRÍGUEZ RADILLO, Manuel: *Bodas de Oro de la casa de Zamora*, En *Crónica de la Provincia Claretiana de Castilla*, V (1951-1952) 407-412. *Ib.* VII (1953-1954) 22-24. *Id.* *Crónica de la Casa-Colegio de Zamora (1930-1953)*. En *Crónica de la Provincia Claretiana de Castilla*, VII (1953-1954) 323-332; VIII (1955-1956) 51-60); y en el *Boletín Informativo de la Provincia de León*. Son muchas las informaciones que hay en el *Boletín de León*, sobre todo a partir de 1975, año en que se planea la construcción del nuevo colegio. Cuando ya tenía redactada la conferencia, el P. José Blanco me envió fotocopia de todos los artículos publicados en *La opinión. El Correo de Zamora*. Aunque hubiera sido enriquecedor hacer referencias a las noticias que ofrecen, he preferido dejar la conferencia como estaba.

[2]

Cf *Boletín Oficial de Obispado de Zamora*, XI (1902) 441-452.

[3]

En 1929 el P. Mario Echeverría escribía que el Obispo de entonces, Mons. Arce, se extrañaba de que siendo Zamora una diócesis tan extensa y difícil de recorrer no hubiera ninguna otra comunidad de religiosos. A.C., l.c., p. 135.

[4]

Ib. 442.

[5]

Cf SAN ANTONIO M. CLARET: *Autobiografía*, 233.

[6]

LAÍN ENTRALGO, Pedro: *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad*. Epesa, Madrid, 1948,350.

[7]

ORTEGA Y GASSET *Obras completas*. Alianza, Madrid, 1983, Vol I, 58-59.

[8]

[9]

Crónica de la Casa de Zamora, AC 27 (1930) 141.

[10]

Con ocasión del 75 aniversario de la fundación de la Congregación Claretiana, 1924, la revista IRIS DE PAZ publicó un número monográfico dedicado a las obras y ministerios de la Congregación. Los datos que refiero están tomados de la pág. 79.

[11]

Crónica de la Casa-Colegio de Zamora (1930-1953). En *Crónica de la Provincia Claretiana de Castilla*, 147 (1954) 323.

[12]

Las Hijas del Corazón de María, con el pasar de los años, se unieron a otros grupos y formaron el Instituto Secular “Filiación Cordimariana”, que es una rama de la Familia Claretiana. Está presente en Zamora.

[13]

Cf *Crónica de la Casa-Colegio de Zamora (1930-1953)*. *Crónica de la Provincia Claretiana de Castilla*, 147 (1954) 326-332. A la fundación de los Luises ya se hace alusión en la *Crónica de la Casa de Zamora*, A.C. 27 (1930), 138 y ss.

[14]

“Las cofradías, congregaciones hermandades son también un medio poderosísimo para procurar el bien de las almas y así el misionero las promoverá en cuanto pueda y exhortará a los fieles a que se inscriban y perseveren en ellas”, C.M.F., *Constituciones*, 1857, n.90.

[15] Cf JUAN PABLO II, en Reims, 22 de noviembre, 1996.

[16] Cf VC 110.

[17] Cf *Aut* 489.

[18] Y así lo dejó en el texto de las Constituciones de 1862, p.II, n 63.

[19] En este etc. hay que incluir a los artistas: músicos, poetas, pintores y escultores. Entre los escultores hay que citar al P. Segundo Gutiérrez, de esta provincia de Zamora, cuyas exposiciones escultóricas han sido reconocidas en muchas capitales del mundo.

[20] EC, I, p. 625.

[21] POSTIUS, J: *Pedagogía del Venerable P. Claret*. Apéndice de *Annales Congregationis*, 1926, p. 23.

[22] O.R. 5-6. Marzo, 1934.

[23] Cf AA.VV: *Colegios Claretianos 2000. Materiales del proceso*. SM, Madrid, 2002.

[24] Cf VC 96-99.

[25] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATOLICA: *Las personas consagrada y su misión en la escuela*. Roma, 2002, n.6.

[26] Cf EC, I, 305.

[27] Cf VC 45, NMI, 43.

[28] ChL 31.